

baúl abovedado, tapizado de cuero y que se balancea sobre, ó mas bien dicho, entre dos ruedas gigantescas. Se sube por detrás para tomar asiento en estrechos bancos longitudinales: inmediatamente sobre la cola del caballo ó de la mula, está una ventanita por donde el pasajero puede acariciar al animal, que siempre vá enganchado muy cerca del carruaje, pero por donde se pueden recibir tambien algunas incongruencias. En la parte posterior del vehículo y sobre la portezuela, está otra ventanita igual. La reunion aprisionada en la tartana, y que muchas veces asciende a seis ú ocho personas, no tiene mas prespectiva que el porvenir ó el pasado, lo que la hace extrañar el presente con mayor amargura, porque no puede formarse idea de él a causa de los sobresaltos, sacudimientos y choques que hacen sufrir a los desgraciados cristianos un doloroso martirio. Sospecho mucho que la Inquisicion debe haber inventado este medio de locomocion para extraer a los pobres acusados sus pensamientos mas íntimos: no hay secreto que se pueda guardar en semejante gimnástica. Los movimientos de aquel aparato son capaces de arrancar el alma del cuerpo. Uno suspira, gime, se le sacuden las entrañas hasta sus cimientos, chocan sus huesos, y hasta el cerebro baila dentro de su huesosa caja. Necesité algun tiempo para recobrar mi equilibrio y repormerme despues de este viaje: estoy convencido de que en Valencia debe haber muchos niños nacidos ántes de tiempo. En cuanto al cochero, va suspendido en el mismo coche junto a la cola del caballo ó sentado en un pescante de madera muy angosto; apenas se le puede ver por la ventana, y esto, adelantando la cabeza fuera de ella. A pesar de esto, la tartana es un vehículo de tal manera nacional, que pudiéramos decir, que aun la mas alta nobleza no conoce otro.

Caminamos por una larga calzada de olmos gigantescos, a través de campos de trigo y de jardines; hermosos y grandes palmeros se elevan de cuando en cuando sobre las casas. Pronto descubrimos detrás de las viejas murallas y al otro lado del Guadalaviar, a la pintoresca y majestuosa Valencia iluminada con la fresca y limpia luz del sol matinal.

Dediqué mi primera excursion por la ciudad á la amable amiga de mi juventud y a su digna familia. Iba yo con ese paso ágil

que nos conduce con cierta inquietud hácia las personas amadas de quienes hemos estado ausentes por largo tiempo y de quienes nos separa la extensa mar. Se siente un deseo impaciente mezclado de dulzura y de nostalgia. El pobre corazon, tan léjos del país natal, mira como séres superiores a las personas que se relacionan con los recuerdos de un tiempo de calma y de paz que nunca volverá; sabe que estas personas le comprenden cuando habla de la patria ausente, y descubre en la conversacion los pesares, ordinariamente reservados, que sufre con las pasadas memorias. Sin embargo, va uno preguntándose: «¿Me conocerán? ¿En qué me conocerán? ¿Qué iré a encontrar?» Presa de este sentimiento de zozobra llegué a la puerta de una casa bastante grande, pero de modesta apariencia.

Toqué, abrió un criado y dí mi nombre, añadiendo que habia tenido la felicidad de conocer a la marquesa en Viena. Me condujeron a un bonito salon amueblado a la alemana, donde encontré a una señora entrada en edad, con mantilla española: era la respetable suegra. Estuvo vacilante al principio no sabiendo cómo tratarme; pero despues que hubimos entrado en la conversacion, acabó por reconocermé, y se manifestó muy afectuosa y llena de cordialidad. Me hizo mil preguntas respecto de Viena que le fué tan querida; y varios recuerdos suspendidos en las paredes de la pieza demostraban que habia conservado de aquella ciudad una memoria fiel. Miétras me hacia compañía, mandó avisar al resto de la familia: las puertas del salon se abrieron, y entró Elisa, siempre tan ligera, tan graciosa y tan amable, como en las alegres fiestas de Viena, en los hermosos dias de otro tiempo.

No puedo describir la impresion que me causó volver a verla en estas lejanas riberas; sentia yo que debia serle mas querido que sus otras relaciones de España, porque era su compatriota. Un sentimiento mezclado de alegría y de melancolia se apoderó de su alma afectuosa, al hacer recuerdo de su patria ausente, cuando temblando me tendió su blanca mano y me dirigió la palabra en nuestra lengua maternal. Pensaba que su aleman debia escandalizarme, porque, segun decia, lo habia olvidado; y habia en sus palabras un acento de tristeza profunda, aunque las pronunció con la mayor moderacion. Me sorprendí mucho de ver que sus cuña-



dos, a quienes conocí niños, estaban hechos unos colosos. ¡Cuánto y con qué violencia crecen los hombres!

El excelente padre me manifestó una tierna cordialidad: su corazón leal ha guardado un reconocimiento afectuoso para el país en que fué tan feliz y que le proporcionó un pacífico asilo. Me pareció que a todos sentaba muy bien el temperamento de España: el padre y la madre se han rejuvenecido en el país natal; los hijos ya he dicho que están hechos unos hombres; solamente Elisa estaba pálida, y creo que bajo el velo de su sonrisa encantadora oculta un secreto sufrimiento.

El jefe de la familia nos invitó a dar una vuelta para ver las curiosidades de la ciudad y quiso servirnos de guía. Según nuestra costumbre, comenzamos por la catedral, como centro de toda la ciudad. Es grande; pero ¡ay! pertenece al estilo churrigueresco; la cúpula principal es lo único interesante: de estilo gótico-morisco, tiene bellezas en su arquitectura y en su decoración. Esta cúpula, que deja filtrar la luz a través de delgadas láminas de alabastro, coronaba la mezquita que los cristianos vencedores transformaron en catedral: es el único punto grandioso de aquel monumento. En el centro está el coro, como en todas las iglesias españolas, enlazado con el altar por un camino entre dos balaustradas de hierro; el resto del edificio es rudo y pesado; sus dimensiones son demasiado bajas y demasiado anchas. El altar mayor está al estilo del siglo XV, ricamente esculpido: en sus nichos, habitualmente cerrados y que se muestran hoy al pueblo por ser día de Pentecostés, se ven objetos de piedad pintados sobre fondo de oro: son verdaderas obras maestras, llenas de vigor y de armonía.

La catedral tiene otras muchas curiosidades; pero las dejamos para la próxima visita, y nos apresuramos a subir hasta la cumbre de la torre: en Sevilla se llama la Giralda, en Valencia la Miguetilla. Esta torre es gótica lo mismo que el pórtico; pero no habiéndose concluido el coronamiento cuando fué fabricada, en tiempo del polvo y de las trenzas, la terminaron con una especie de peluca que se vé ridícula sobre aquella hermosa construcción.

¿Quereis ver los esplendores de la paz en un suelo encantador, la noble y lujosa arquitectura de una opulenta ciudad que inundan los luminosos rayos del sol, una llanura fértil y bendecida por

el cielo, una mar con olas azules, surcada por hinchadas velas que parecen tejidas de plata? Subid a la Miguetilla. Valencia debe ser la favorita del sol, que ha impreso en aquel llano su beso fecundante, aunque sin devorarlo con su ardiente amor: al salir de la mar, su primera mirada es para las brillantes torres de la ciudad, su primera sonrisa para la llanura que la recibe con reconocimiento, y sobre la cual, durante su marcha victoriosa, derrama torrentes de su luz creadora y vivificante.

Valencia posee una *lonja* magnífica, es un monumento notable de una época en que la armonía era una necesidad para la vista y para el corazón del hombre, lo que desgraciadamente no se puede decir de nuestro siglo prosaico y mezquino. Aquella lonja [*la Lonja de la Seda*] es muy animada: en ella se celebra el mercado de las sedas, que es uno de los principales ramos de comercio de la ciudad. Una variadísima multitud viene a comprar aquí las más hermosas madejas que se pueden ver, y desde luego se forma una idea ventajosa de la prosperidad del país que puede producir semejantes cadejos de oro y de plata.

Además del salón principal, cuyas anchas puertas dan a una gran plaza, la lonja de Valencia se encuentra rodeada de otros edificios accesorios con un gracioso y poético jardín de naranjos. En una de las piezas de recibir, donde se reúnen los principales comerciantes, se vé suspendido de la pared un retrato de Isabel II, en pié, comenzado por el famoso López, pintor titulado de la corte, y concluido por su hijo que le ha sucedido en sus funciones. No me es posible decir hasta qué punto me ha interesado y aun cautivado este retrato. Pintado hace poco tiempo, me ha hecho comprender las diferentes opiniones que se tienen respecto de Isabel. Vestida de raso azul, con ricos encajes, y teniendo la cabeza ceñida por una brillante diadema, tiene el aspecto que conviene a una reina. Su exterior tiene algo de majestuoso: es alta, y a pesar de un principio de gordura, su talle es extraordinariamente fino y hermoso. Es una mujer elegante, como lo prueba la elección llena de gusto de su traje. La flexibilidad de su actitud indica claramente que es muy aficionada al baile. Su rostro, sombreado por las olas de una cabellera exuberante, sin ser precisamente hermoso, inspira un vivo interés. En medio del ceremonial de las grandes fiestas, Isabel debe



parecer imponente, altiva y noble: así me la represento atravesando el Prado en un rápido *facton*, encantadora, y ganando todos los corazones, como que está formada para obtener una grande popularidad. Desde que vi este retrato, siento doblemente no haber ido a Madrid, de donde me encontré tan cerca estando en Valencia.

En la tarde, una amable y alegre comida nos reunió en las habitaciones de Elisa: nos ocupamos mucho de los recuerdos felices de otro tiempo y de la patria ausente; y por mi parte, hice muchas preguntas sobre esta risueña patria nueva. Los padres se encuentran bien aquí; nacieron en este clima, y aunque por largo tiempo tuvieron que hacer el sacrificio de renunciar a la residencia en España, no por esto dejaron de ser españoles: regresaron a su casa, y lo que mas desean, es no salir de ella. La jóven pareja no participa de este sentimiento: aspira a volver a la ciudad imperial, que está en las márgenes del Danubio. Allí fueron educados ambos esposos; y a no ser que haya uno sido tratado muy duramente por la fortuna, siempre prefiere el lugar en que pasó los alegres años de su juventud. Elisa extraña ciertas influencias en parte legítimas y siempre poderosas para el corazón de una mujer: en la sociedad elegante de Viena fué donde obtuvo brillantes triunfos por su gracia y por su amabilidad, mientras en España es vista con malos ojos, como alemana naturalizada: es y ha permanecido extranjera, lo que infiltra en sus relaciones la frialdad y el malestar.

En la habitación de Pedro, amueblada por él con mucho gusto, ví a todos nuestros héroes de la última guerra, y en medio de ellos la caballerosa fisonomía de nuestro querido emperador. En Valencia causa un doble placer ver estos objetos, y todas las memorias de Viena que este jóven ha conservado me recuerdan mas vivamente a mi patria.

Después de comer nos dirigimos en coche a la Alameda, bonito paseo situado del otro lado del Guadalaviar. Aquí se encontraba reunida la buena sociedad. Los paseadores van sentados en tartanas elegantemente pintadas y que caminan en una sola fila como en el Prater. Pero como aquel vehículo no está abierto mas que por delante y por detrás, las personas que están dentro no pueden ver ni ser vistas, por lo que éste original paseo recuerda el nue-

vo de Britannia-Bridge. De cuando en cuando, por la ventana del fondo, lograba yo deslizar una mirada en el interior y distinguía entónces rostros de una belleza poco comun, lo que me hacia maldecir mucho mas este género de locomoción. A poco dejamos la calesa para respirar el aire de la tarde en el *Plantio*; jardín florido y embalsamado que se extiende junto a la Alameda: el paseo en estos lugares es una verdadera delicia.

Al caer la noche todos se apresuran a retirarse de la Alameda; porque, segun me dijeron, allí asesinan con mucha frecuencia. Elisa mandó acercar una elegante carretela de dos asientos, me dió un lugar a su lado y dirigió ella misma los caballos con mucha destreza y resolución, subiendo y bajando la calzada entre las estrechas filas de tartanas que regresaban. En fin, volvimos a la ciudad, me dejó en la Glorieta, uno de los paseos del interior de Valencia, y se marchó a su casa.

Me pasé algún tiempo con su suegro entre bosquecillos de laureles y de naranjos iluminados con la luz del gas. La sociedad elegante, arrojada de la Alameda por el puñal de los bandidos, viene a gozar de la frescura de la noche en estas calles embalsamadas y adornadas con numerosas estatuas.

Al siguiente día, por la mañana, salimos temprano a la calle para acabar de ver las curiosidades de Valencia. Comenzamos por el convento de Gerónimos, situado extramuros en la *Huerta*, y que, a juzgar por la magnitud de los edificios, debe haber sido muy importante y muy rico. Hoy el convento de aquella orden poderosa, que dió asilo al señor del mundo, está en ruinas y sirve de hospital. La iglesia tiene mucha semejanza con la de la Cartuja de Granada: está construida con mal estilo churrigueresco, pero con grande magnificencia, ocupa el medio del convento y sirve al mismo tiempo de pórtico; desgraciadamente ha sufrido la suerte de todas las cosas de este mundo: sus bóvedas resplandecían en otra época con el brillo de las luces, sus naves se llenaban con las solemnidades de los religiosos (los monjes españoles *por excelencia*, porque eran en España lo que son los Benedictinos en Austria); y ahora aquel santuario es visitado rara vez por un humilde sacerdote que viene a decir la misa rezada en el hospital. La naturaleza, que siempre es liberal y poética, ha conservado el



último resto de magnificencia; me refiero a un bosque de palmeros seculares, de tallo esbelto y majestuoso, que han sobrevivido a los marchitos esplendores y que mecen sus cimas melancólicas sobre las ruinas en que habitaron aquellos que los plantaron. Para los que, como yo, sean admiradores entusiastas del palmero, aquel grupo de árboles es lo único interesante del convento.

Después de las ruinas poéticas del pasado, tocó su turno a las creaciones útiles del presente. Visitamos una fábrica de sedas muy importante, porque funcionan en ella los nuevos adelantos. Se nos hizo ver cómo la seda de los capullos, traídos por las gentes del campo, es devanada en un instante y se transforma por el vapor en soberbio damasco. Nada en el mundo me parece más fastidioso que una fábrica; todo en ella marcha dentro de un círculo matemáticamente medido; todo se calcula por segundos, y el genio del hombre prueba con sus monstruosas concepciones, cuán fácil es prescindir de esa luz de la inteligencia que se encuentra en las clases obreras: los trabajadores se transforman en máquinas inertes. Vivimos actualmente en un período desgraciado, en el período de la crisis; la idea nueva de la necesidad de las máquinas aun no ha podido connaturalizarse entre nosotros: aun no se establece el equilibrio. El antiguo estado de cosas lucha con el nuevo, y falta a éste una base necesaria que solo el tiempo puede darle, cuando el período de las fábricas haya adquirido su historia y su experiencia; entónces, solamente, y gracias a los términos medios que se introducirán, se demostrará su utilidad a las generaciones futuras.

Pero a lo que yo no puedo habituarme es a ver al rico fabricante producir en masa lo que satisface el lujo desenfrenado de los ricos y lo que excita su amor al fausto, mientras que los obreros a quienes explota, verdaderamente siervos sometidos a la tiranía de su capital, no son más que sombras de criaturas humanas que trabajan con una regularidad mecánica, y que en el idiotismo completo de su alma, ofrecen su cuerpo en holocausto a una talega de dinero, para satisfacer las necesidades de su estómago. La ingeniosa invención de una máquina no me puede hacer olvidar a mis semejantes: yo no siento orgullo por pertenecer a la generación presente, no soy bastante egoísta en mi admiración por lo

que se llama genio de nuestro siglo. Una fábrica me hace experimentar siempre un sentimiento de malestar. Por supuesto que no hablo de aquellas que han conservado al hombre su espontaneidad y en que puede sacar partido de su inteligencia; pero ante los resultados puros de lo que ha dado en llamarse genio industrial, caigo en una especie de atonía, y siento un disgusto inmenso; todas estas hermosas cosas me parece que solo han sido creadas para el momento. Vivimos en un siglo que camina de prisa, y para satisfacer esta necesidad se han inventado las máquinas.